

Sobre la primera piedra, que fué colocada con gran pompa, se grabó la siguiente inscripción, que traducimos del latín al español para la mas grande comodidad de nuestros lectores.

«Por miedo de que la fiel Marsella, frecuentemente presa de criminales agitaciones de algunos, no pierda al fin la ciudad ó el reino, ó por la fogosidad de los mas audaces ó por una pasión demasiado exajerada de la libertad, Luis XIV, rey de los franceses, ha provisto á la seguridad de los grandes y de los pequeños construyendo esta ciudadela. El rey lo ha mandado: Julio Mazarino, cardenal, despues de la paz firmada en los Pirineos lo ha aconsejado: Luis de Vandoma lo ha llevado á ejecución.»

«Mil seiscientos sesenta.»

El fuerte de San Nicolás fué demolido en 1789. Era un año fatal á las bastillas.

EL PRADO.

Habia aun algunos recuerdos sangrientos y terribles parecidos á los que acabamos de evocar, y que datan de 1815, que podríamos presentar á los ojos de nuestros lectores; pero estos recuerdos están demasiado cerca de nosotros. Saltaremos sobre ellos para llegar mas pronto á la Marsella de hoy.

En otro tiempo la primer cosa que se decía al forastero que llegaba á Marsella, y que queria comer el CLOVIS y la BONILLABESA, los dos platos nacionales de los focenses, eran estas palabras sacramentales: ¿Conocéis á Policar? Y el forastero respondia: Si, conozco á Policar, porque Policar era conocido en el mundo entero.

¿Qué ha hecho descender á Policar de su grandeza? ¿Qué ha derribado la estátua del pedestal? Lo ignoro; pero lo que sé es que desde mi último viaje, cuando yo he hablado de Policar todos se me han echado á reir en mis barbas. He querido insistir, porque recordaba á Policar con agradecimiento: entonces algunos me han preguntado si volvía de Astracán.

Bajo pena de que le tuvieran á uno por tonto como á Sancho, era preciso pararse allí. Sin embargo, al cabo de un instante como yo queria comer CLOVIS y BONILLABESA me aventuré á decir.

—¿Y entonces donde iremos?

—Al Prado.

Comprendí que era el Prado el que habia reemplazado á Policar.

Mientras llegaba la hora de ir al sitio indicado fuimos á dar una vuelta al puerto.

El puerto de Marsella es de lo mas curioso que he visto, no por su panorama que se estiende desde Nuestra Señora de la Guardia á la torre de San Juan, no, si no á causa de sus colibrís, de sus papagayos, y de sus monos que bajo aquel hermoso cielo meridional se creen todavia en su patria, y hacen con el canto, con la voz y con el gesto mil monerías á los que pasan, porque el puerto de Marsella es el punto de cita del mundo entero. Allí no se encuentran dos personas vestidas de la misma manera; ni se encuentran dos hombres que hablen la misma lengua.

El agua del puerto es muy sucia, es verdad; pero sobre aquella agua que es la mejor segun aseguran los marselleses para la conservación de los navios, hay un cielo tan azul sembrado de tan hermosas aves de mar, por el dia, y de tan bellas estrellas por la noche, que se puede desear no mirar á sus pies cuando se tiene una cosa tan hermosa que ver encima de la cabeza. En este puerto se arrojaron los cadáveres de los mamelucos en 1815. Aquellos pobres mamelucos ¿sabéis lo que habian hecho?

Napoleon los habia recogido en aquella antigua tierra de Egipto, donde habian servido á las órdenes de Ibrahim, y á las de Mourad-Bey: despues en indemnización de la patria que habian perdido le habia dado un hermoso sol, hermano de su sol, y una cierta pensión que les aseguraba una vida pacífica y una muerte tranquila. Así aquellos ancianos hijos de Ismael amaban mucho á Napoleon.

Cuando cayó en 1814 vertieron abundantes lágrimas; se les vió llorar, y se hizo un crimen de su gratitud. Aquellas pobres gentes no podían salir ya sin verse asaltadas de injurias y pedradas. Sin embargo, se habian afrancesado en las tres cuartas partes: llevaban levitas y pantalones, y solo habian conservado sus turbantes: el peinado es lo último en romper con la nacionalidad.

Los mamelucos se quitaron al fin sus turbantes, y se pusieron sombreros: seguramente debióse haber tenido en cuenta este sacrificio; pero nada se les reconoció, ni sus propios bigotes blancos, y continuaron arrojándoles piedras.

Hubieran podido cortarse los bigotes, pero esto era superior á sus fuerzas: prefirieron encerrarse en sus casas. Durante algun tiempo fueron á gritar delante de ellas: ¡Viva el rey! y á romperles los vidrios, pero al fin se sosegaron los espíritus, y se les dejó casi tranquilos.

Súpose un dia que Napoleon habia desembarcado en el golfo Juan: los mamelucos

miraron por el agujero de sus cerraduras. Ocho dias despues se supo que estaba en Lyon; los mamelucos asomaron la cabeza á la ventana. Tres semanas despues se supo que habia entrado en Paris: los mamelucos volvieron á vestirse su antiguo *caftan* de batalla, aquellos viejos caftanes que habian visto á Embabeh, Aboukir, y Heliópolis, y se pasearon por las calles de Marsella donde hacia un año que no se atrevían á presentarse.

Despues, cuando encontraban á alguno de los que los habian insultado, se detenían delante de ellos, ó delante de ellas, porque las mugeres habian tomado parte; retorcían sus viejos bigotes blancos, y despues decían meneando la cabeza con una sonrisa burlesca. «Napoleon es mas fuerte que todo.»

Esto es lo que habian hecho aquellos pobres mamelucos: todos fueron asesinados por este crimen: pero tambien, ¿por qué diablos eran agradecidos? Semejante catástrofe no le ha sucedido ni al principe de Talleyrand, ni al duque de Raguse.

La gran ventaja del puerto de Marsella es presentar en todo tiempo un paseo constantemente seco, empedrado de ladrillos puestos de canto, lo que es inapreciable, sobre todo cuando se llega de Lyon; y mas á la sombra del verano, y al sol del invierno, lo que es inapreciable por todas partes y siempre, de cualquier pais que se llegue, ó hacia cualquier pais que uno vuelva.

¡Qué lástima que el agua de aquel puerto sea tan sucia, y que hayan echado allí los cadáveres de los mamelucos!

Del puerto fuimos al museo.

Bajo aquel nombre de museo, cuyo titulo solemne se ve sobre una puerta que da frente al mercado de los Capuchinos, están comprendidos la academia de Marsella, hermana honrada de la academia de Lyon: la biblioteca de que Mery es el conservador: el gabinete de historia natural, el gabinete de medallas, la escuela de dibujo: la escuela de arquitectura; y en fin, la galería de cuadros.

Todo se halla encerrado en el antiguo convento de los Bernardinos.

Contiene la biblioteca cincuenta mil volúmenes, y de ocho á diez mil manuscritos. La colección de libros llega hasta el siglo XVIII; la academia de Marsella habia juzgado probablemente que nada se habia escrito desde entonces, que mereciese ser leído. Mery se ocupa en ponerlos al corriente con grande escándalo de los académicos provenzales; probablemente le costará su destino: tanto mejor: esto le hará tal vez rehacer alguna viliada.

El gabinete de historia natural se enriquece en cambio todos los dias. No hay un buque que venga del polo ártico ó del polo antártico, de Calcuta ó de Buenos Aires, de la Nueva Holanda ó de la Groenlandia, que no le traiga su tributo. Resulta de esto que los di-

ferentes reinos están allí muy apretados; y se ha recomendado á los capitanes que no traigan en tanto en cuanto les sea posible, mas que quistites, sardinas y colibrís.

En cuanto á la escuela de dibujo lleva la cabeza muy alta, y la mano en la cadera. Esto proviene de haber producido á Paulin Guérin, Beaume, y Tanneur.

En cambio, su hermana la escuela de arquitectura lleva la cabeza muy bajita; la pobre anciana no ha producido mas que á Puget, y está aguardando siempre alguna cosa todavía mejor.

La galería de cuadros es magnífica: pocas ciudades de Provenza poseen una colección tan rica como Marsella. Verdad es que Marsella desde la toma de Argel se ha convertido en una capital.

El local donde se hallan colocados los cuadros recuerda mucho á primera vista la capilla Sixtina: tiene el mismo defecto para dar luz á los cuadros que la reciben de avaras ventanas; pero tambien tiene el mismo silencio y el mismo recogimiento, tanto, que creo que en el fondo ganan los cuadros: mirando bien, siempre se ve.

En el museo de Marsella hay doce ó quince cuadros de primer orden: un paisaje de Anibal Carrache, una Asunción grande de Agustín Carrache, un cuadro de Perugino como no los hay ni en Florencia ni en Paris, dos inmensos lienzos de Vien, un soberbio retrato atribuido á Van-Dick, dos cuadros de Puget, que despues de haber hecho temblar el mármol con su cincel, hace revivir el lienzo; un Salvador Rosa, un Miguel Angel Caravaggio, una pesca milagrosa de Jordan, y un Guerschino de un magnífico colorido; en fin, la obra maestra del Museo, la célebre *caza de Rubens*.

Cuando se ha visto todo esto se puede echar una mirada sobre un Mercurio, que es preciso ir á buscar en un rincón de la sala del fondo; verdad es que no es mas que una copia; pero es una copia de Rafael por Ingres.

Al salir del museo volvimos á tomar un carruaje en la plaza Real. Esta expedición nos permitió ver la famosa fuente que hace su adorno. Como el famoso lago de que habla Herodoto, solo le falta una cosa, el agua. Mery la llama la *Fuente hidrófoba*: el nombre podía muy bien quedarle. Pedí ver otras; esta me habia causado pena.

Mandó Mery al cochero que nos llevase por de pronto á la calle de Auvagne. Allí tuve lo que pedía, es decir, una fuente corriendo con abundancia. Está dedicada al poeta *Sobranno*, como lo llama el Dante, y se lee allí esta simple inscripción:

Los descendientes de los focenses á Homero.

Una magnífica taza se estiende todo al rededor de la fuente. Creeríase uno á las *Puer-*

tas Secas sobre las orillas del Simois: es todo un capítulo de la Odisea en acción.

Veo que acabo de copiar casi cuatro líneas en el álbum de los extranjeros. Estos diablitos de marseleses tienen tanto talento y poesía en todas partes, que la derraman aun en sus guías, cual no se ve por ningún lado. Un poco más de frialdad en estas cabezas, decía David hablando de los provenzales, y casi todos serían hombres de genio.

Pasamos cerca de la pirámide de la plaza Castellani. No presumimos que haya sido levantada con otro objeto más que con el de formar juego con el arco de triunfo de la puerta de Aix. Tanto vale el uno como el otro. Únicamente el arco de triunfo tiene sobre la pirámide la desventaja de estar cubierta de escultura, lo que echa un poco á perder la piedra cuando no la embellece mucho.

A cien pasos de la plaza Castellani se encuentra uno fuera de Marsella sobre un hermoso *boulevard*, donde habrá sombra dentro de veinte años si prenden los árboles, pero mientras tanto lo que hay es muchísimo polvo. El polvo es el azote de Marsella; se tiene polvo en los ojos, en la boca, en los bolsillos. Se toma un partido cuando uno es filósofo, pero no se habitúa uno á él aunque sea un optimista.

Consiste esto en que todas las montañas que rodean á Marsella están verdaderamente calcinadas por el sol. Yo no sé dónde diablitos Lucano había visto el famoso bosque sagrado en el que César hizo construir sus máquinas de guerra, ni Guillermo de Tiro aquellos magníficos bosques donde los cruzados cortaron los mástiles de sus buques. Tal vez el gran consumo que se habría hecho en otro tiempo en la causa de la penuria actual. Lo que sé es que hoy con dificultad se encontrarían árboles para hacer una caja de fósforos.

En cambio hay magníficos valles de arena.

Cuando llegó la jirafa á Marsella se hallaba mal: declararon los sabios que estaba mareada, pero su guía meneó la cabeza, y explicó buena y sencillamente en etiope que lo que tomaban por mareo era el mal del país. Como los sabios no habían entendido una palabra de lo que había respondido el conductor de la jirafa, hicieron un gesto, inclinaron la cabeza, reflexionaron un instante, y respondieron que bien podría tener razón. Viendo el etiope que eran de su parecer, cogió el animal por su cuerda, y al medio día en punto, bajo un sol de treinta y cinco grados, costeando á la orilla del mar fué á internarse en las gargantas del monte Redon. Apenas la jirafa se encontró en medio de aquellas rocas áridas, desnudas, cuando levantó la cabeza, abrió sus narices, golpeó el suelo con el pie, y viendo saltar en derredor de ella una arena tan ardiente como la arena natal, se creyó trasladada al Darfour ó al Kordofan; dió brin-

cos loca de alegría, arrancó la cuerda de las manos de su guía; saltó por encima de su cabeza, y desapareció detrás de una roca.

El pobre etiope corrió apurado á Marsella. Esta vez al verlo solo los sabios comprendieron que volvía sin la jirafa. De aquí á la probabilidad de que la había perdido solo había un paso: la ciencia lo dió con toda su certidumbre ordinaria. Se llamó al comandante de los dos regimientos de la guarnición: los dos regimientos cercaron el monte Redon, y encontraron á la jirafa tendida cuan larga era sobre una hermosa arena africana que la había vuelto á la vida. La jirafa se encontraba demasiado bien para volver á dejarse coger sin tratar de huir, pero tenía que habérselas con un hábil estratégico; el coronel comandante de la expedición era de Gemenos; conocía en consecuencia todos los desfiladeros del monte Redon. Después de haber hecho prodigios de ligereza el pobre animal, encontrando por todas partes el pantalon encarnado, se vió obligado á dejarse coger. Entregóse con buena voluntad á su etiope, que la volvió á llevar en triunfo á Marsella.

Jamas había estado mejor; un día pasado en las arenas del monte Redon había bastado para volverle la salud.

Al volver, el ángulo de una pared nos llamamos enfrente de la mar; desde entonces no vimos ya más que á ella.

La playa del Prado es magnífica.

En cuanto á mí, yo no pude resistir; dejé á Méry encargarse el CLOVIS y la BONILLABESA en la *Muda de Portici*, y me metí en un barco.

Era un barco pescador que justamente iba á sacar sus redes; además del pasco tenía la pesca.

Al echar el lance, el pescador me explicó los nombres de todos aquellos cabos, de todos aquellos promontorios; nombres sonoros, tomados casi todos de la lengua jónica, y que á falta de crónica atestiguarían el origen de los antiguos poseedores de aquella tierra.

En el fondo del horizonte se alzaba sobre su roca en medio de la mar el faro de Planier. Mi pescador sin dejar de pescar, me contó que aquel faro acababa de presenciar hacia pocos meses un terrible suceso: un barco cargado de azúcar había echado ancla contra la roca que forma su base, se había abierto, y se había ido á pique; la tripulación se había salvado, pero todo el cargamento se había desecho.

—¡Diablo! respondí conmovido con la pérdida que habían tenido los armadores y el capitán; fué una gran desgracia.

—Sí, una gran desgracia, me respondió mi hombre. Imagináos, caballero, que durante más de seis semanas á tres leguas á la redonda no se volvió á ver una merluza: parece que esos animalitos no pueden oler el agua con azúcar.

Para aquel buen hombre la pérdida del

azúcar no era nada sino hubiese alejado á las merluzas por seis semanas.

Afortunadamente, la primera redada que sacamos nos dió la prueba de que habían vuelto las merluzas: contenía tres, gruesas como nuestro muslo: las otras sacaron lobos de mar, salmones, pajeles, doradas, y había hasta una langosta, que había venido á comerse probablemente á los prisioneros, y que se encontraba muy espuesta por un cambio de fortuna á ser devorada con ellos.

Volvimos con nuestra pesca, que pasó inmediatamente desde el barco á la sarten. Después Méry me presentó á Courty, el dueño del establecimiento suntuosamente llamado la *Muda de Portici*.

Parecía muy cortado Courty: habíame hablado de mí como de un esquisito gastrónomo, lo que me había dado en su opinión otro relieve que si me hubiera presentado simplemente como el autor del ANTONI, ó del MONTE-CRISTO.

Courty era un cocinero artista, digno de ser colocado en un país más conocedor de la ciencia profundizada por Brillat-Savarin, que ha nacido en Marsella: en Marsella, salvo alguna escepcion, no se siente la necesidad de comer: con tal que se llene el estómago, basta.

Courty se halla perdido en un mundo donde permanece desconocido, lo que no le impide buscar de tiempo en tiempo algún plato de su invención. Bajo este aspecto es del parecer de Mr. de Henrion de Pansey, que decía, que el descubrimiento de un nuevo plato era más útil á la humanidad que el descubrimiento de una nueva estrella: porque de estrellas, decía desdeñosamente Courty, siempre habrá bastantes para lo que de ellas hacemos. Esto es tanto más cierto cuanto que hay muchas más estrellas todavía en Marsella que en París.

Courty se escedió á sí mismo. Sentí no hallarme á la altura de la reputación que de él me habían dado. Mis elogios le abrieron el corazón, y me contó sus penas. La *Muda de Portici* tiene cerca un desgraciado fisonomía abierto al primero que llega, donde por lo barato del precio acude todo el mundo, y van hasta personas que no deberían ir.

Esto depende, tal vez, de que en Courty hay flores y sombra, cosa de que los marseleses no tienen costumbre.

En tanto que comíamos, un amigo de Méry vino á sentarse á nuestro lado, y á ofrecernos para la noche una *pescada al fuego*: era para nosotros una fortuna demasiado grande para que la rehusásemos. En el entretanto Méry solicitó permiso para mí, á fin de que visitase su casa edificada sobre un modelo tan antiguo, y sobre todo tan extraño, que están convencidos en Marsella de que como la de Nuestra Señora de Loreto ha atravesado el mar: así la llaman la *casa fenicia*. En efecto,

era una casa enteramente oriental, como aun se ven algunas en Florencia, con dos pisos llenos, y columnas que sostienen un techo que hace un doble terrado: debajo del techo, terrado por de día; sobre el techo, terrado por la noche. La casita de Marsella tiene además de su base á la mitad de su altura un enverjado que le sirve de coraza verde en la primavera, encarnada en el otoño, y la mitad del año cargada de magníficos racimos. Después de habernos hecho ver su casa Mr. Morel, nos presentó á su familia compuesta de tres ó cuatro muchachas, todas á cual más bellas, y de otros tantos yernos, con doble número de nietos.

Todos vivían juntos en aquella casita fenicia, que me parece una de las más felices casas de Marsella.

Y sin embargo, Mr. Morel iba á derribar aquella bonita casa para hacer construir una bastida como todas las bastidas, es decir, una casa cuadrada con agujeros hechos regularmente, que se tienen abiertos por el día y cerrados por la noche, mientras que mi parecer sería todo lo contrario. Mr. Morel, con gran pesar de Méry, iba á llevar la piqueta sobre la pobre casa fenicia, cuando en un cofre viejo que no se había abierto hacia doscientos años, una hija de Mr. Morel encontró un manuscrito antiguo escrito sobre pergamino con una forma de letra que ni monsieur Morel ni sus yernos pudieron comprender nada, siendo preciso enviar á buscar á Méry para que lo leyera.

Esperaba Mr. Morel que sería algún título de propiedad que fuese á duplicar su producto territorial: era simplemente una crónica del tiempo del Condestable, y relativa á la casa fenicia.

La casa fenicia había hecho su papel durante el sitio de Marsella. Desde el momento en que la casa fenicia era una casa histórica no había, como se comprende bien, medios de demolerla: así permaneció en pie con grande alegría de Méry.

Pedí á Morel el favor de leer aquella crónica, pero como era más aficionado á la pesca que á la genealogía me dijo que me lo daría después de la expedición. En efecto, llegaba la noche con esa rapidez peculiar á los climas meridionales, y apenas tuvimos el tiempo necesario para nuestros preparativos.

Cada cual se puso á la obra, hombres y mugeres, y yo como los demás. Me incomodaba mi vestido, y me trajeron una blusa de Mr. Morel. Hubiera podido meter en ella también á Méry conmigo. Pero Méry se había ya alojado en su capa, y cuando Méry se alojó en su capa es inalojable.

Hacia las nueve de la noche estuvo todo listo. Uno de los yernos de Mr. Morel se encargó de atizar el fuego que ardía á la proa en un hornillo de hierro: otros tomaron tridentes para lancear el pescado, y se colocaron á ba-

bor y á estribor. Mr. Morel y yo hicimos otro tanto, porque apesar de mis reclamaciones me habian colocado en la parte activa. Méry se colocó á la popa en medio de las señoras, que añadian á su capa sus chales y albornoces. Jadin con el lapiz en la mano, se sentó en uno de los banquillos con Milord entre las piernas; el hombre de las merluzas se colocó en el otro banquillo con un remo en cada mano. Courty, que debia quedarse en la orilla, impelió la barca, y toda la tripulacion se halló á flote.

En aquel momento tuvo una disputa terrible Jadin con Milord, que se habia empeñado absolutamente en ir á comerse el fuego. De aqui resultaron escandalosos ladridos, que no estando en el programa de la pesca, durante la cual al contrario se debia guardar el mas profundo silencio, se terminaron por sordos gemidos que probaban que Jadin habia empleado con Milord los grandes recursos; es decir, el talon de sus botas.

Como este episodio no traia el pescado, dudamos por algun tiempo del buen éxito de nuestra pesca. No se presentaba ningun pescado, y sin embargo se veia á tres ó cuatro pies del agua el fondo del mar cual si se hallase separado de nosotros únicamente por una simple gasa. De pronto uno de los yernos de Mr. Morel pleó su harpon, y lo sacó con una especie de serpiente que se enrollaba á la punta: era un congrio de tres ó cuatro pies de largo. Encontré muy feo al animal, y le propuse no sacar otro.

Probaba esto ademas, que entráramos en los dominios habitados.

El fondo del mar, visto así de noche al trémulo resplandor de un fuego de pinos, es una de las cosas mas curiosas que imaginar se puede. Hay como en tierra sus sitios cubiertos, y sus áridas arenas; sus algas sombrías donde los pescados se destacan cual si fuesen de oro ó de plata, y llanuras descubiertas donde bajan pesadamente cargados de su enorme bagaje los nautilus, los bernardos ermitaños, y los orsinos, dejando tras de sí las huellas del camino que han recorrido. Despues si se presenta alguna roca, en medio de las almejas y de las ostras que han establecido alli su sedentario domicilio, se está seguro de ver algunos pólipos de grueso vientre, con ojos á flor de la cabeza, y largos brazos temblando cuya estremidad va á buscar la presa que su garganta abierta se apresta á tragar. Todo esto seguia sus instintos, su misteriosa y submarina vida, á la cual veníamos á causar tan gran turbacion con el hierro y el fuego.

Entre tanto el barco se iba llenando, monsieur Morel y sus yernos picaban á cual mejor, y me escitaban á hacer otro tanto; pero yo aguardaba á hacer una señal de cabeza para decir que estaba listo. En cuanto al barco, continuaba movido por el dulce movimiento

de los remos, bogando en un círculo de luz, donde de tiempo en tiempo entraban gruesas mariposas de noche que aturdidamente venian á dar contra nuestras cabezas. De repente vi pasar directamente á la punta de mi harpon una cosa que se parecia á una sartén: di con toda mi fuerza un golpe en medio del cuerpo del animal, saqué del agua una de las rayas mas soberbias: fui proclamado el rey de la pesca.

Como yo atribuia mas á la casualidad que á la destreza, el magnifico golpe que habia dado, declaré que no daría otro, y que me contentaba con él: pasé mi cetro á uno de los yernos de Mr. Morel, que hasta entonces habia estado cuidando del fuego, y me puse á hacer mis estudios de costumbres conchiológicos.

Preciso era para que yo las interrumpiese una decision de aquellas señoras, que á los gemidos que daba Milord declararon que el viento del mar comenzaba á parecer un poco fresco; en su consecuencia decidieron que fuese á continuarse el paseo sobre el Huveaume.

El Huveaume es un arroyo que se arroja en el mar, y que abusa de su posicion topográfica para tomar el nombre de rio; pero hay nobleza; y la nobleza, dice San Simon, no es una razon para que se haga resueltamente como el Rodano ó el Danubio, y para que se crea éste ignal.

Ademas, el Huveaume no creo yo que tiene estas altas pretensiones: imposible es ofrecer una desembocadura mas modesta, ni perderse mas silenciosamente que él lo hace en el Mediterráneo: es enteramente un rio de las Geórgicas, un rio á lo Theócrito y á lo Virgilio; un rio no para llevar barcos sino para mojar los pies de las ninfas.

Subimos, pues, bajo una bóveda de tamarindos de fantásticos troncos, y de retorcidas ramas, nuestro *Fiumecello*, cuyas dos orillas casi tocáramos con la punta de nuestros remos. Alli reconocí todo lo mal que habia hecho en burlarme del Huveaume sin conocerlo. En efecto, aquel arroyo corre con una tranquilidad y una quietud que da placer el verlo, y le creo en el fondo mucho mas feliz que el Mediterráneo.

Despues de una media hora de exploracion, el Huveaume dejó de guiarnos, á pretexto de que ya no era navegable. Nos fué forzoso, pues, volver á bajar á la mar; pero no llegamos hasta ella. En el ruido que hacia al estrellarse sus olas contra la playa, comprendimos que poco á poco iba preparándose una tempestad. En cuanto á nuestro rio, era superior á todas estas vicisitudes humanas: así nos dejó atracar tranquilamente á una de sus orillas, y bajar en medio de un lindo vergel, atravesando el cual volvimos á llegar á la casa fenicia. Como me habia prometido Mr. Morel, me entregó el manuscrito halla-

do por su hija en el viejo cofre de que hemos hablado: me concedió ademas el permiso de copiarlo, lo que he hecho con bastante placer para poderlo ofrecer á mis lectores.

Tal vez, cuando yo hubiese sido desechado cinco ó seis veces como individuo para entrar en la Academia francesa, le deberé el favor de ser recibido en la *Academia de instruccion y bellas letras*.

LA CASA FENICIA.

Estamos á 2 de setiembre de 1524: Marsella se bate con el condestable de Borbon, ese ilustre loco que iba devastando la Europa para apurar su fastidio: es el dia 22 despues que se ha abierto la trinchera. Los nobles señores de Aix, y los nobles tenderos de Marsella, reunidos bajo los mismos bastiones, han jurado sepultarse en sus ruinas. El Condestable lanza á las murallas á sus italianos, á sus españoles, á sus lansquenetes. La torre de San Juan, la bateria de Moulins, la torre de San Pablo encienden sus baterias, y arrojan lluvias de balas por encima de las murallas sobre las colinas del Lazareto, sobre el camino de Cannet donde flota la bandera del Condestable, y hasta el pie de la abadia de San Victor, donde el marqués de Pescara ha establecido su campamento. Una violenta tormenta de setiembre, estalla á la caída del dia: baja la noche con las mas profundas tinieblas: hace un tiempo como se requiere para empresas de amor y de guerra.

Así el capitán Carlos de Monteoux, á la cabeza de mil ciudadanos decididos, hace abrirse la *Puerta Royale* en el extremo de la calle de Fabres; porque quiere tentar una salida en los jardines y en los llanos de La Cannebiere. Dos heroicas amazonas le siguen: la una es la muger, la otra la sobrina de Carlos Laval: Hevan á los arzones pistolas ricamente adamascadas, y lleva cada una en su blanca mano una espada tan bien trabajada que mas parece una alhaja que un arma.

Luia el enemigo en desorden en la direccion del camino de Avagne, cuando la caballeria española que guardaba aquellas avenidas cayó sobre los marseleses, y los obligó á volver á entrar en la ciudad. Para muchos de los marseleses quedó desgraciadamente cortada la retirada; llegaron demasiado tarde delante de la *Puerta Royale*: se hallaba ya cerrada, y el puente levadizo dejaba descubierto un ancho foso lleno de agua. Alli fueron cogidos algunos marseleses: aprovechándose

otros de la oscuridad, ganaron el campo. De este número era el jóven Victor Vivaux, hijo del general de la artilleria, y las dos jóvenes de quienes hemos hablado, Gabriela y Clara de Laval. Amenazaba todo género de peligros á las dos amazonas en aquella noche, y al través de aquel ejército impío que mataba, des-trozaba, deshonoraba por ganar el infierno, y que tres años mas tarde debia violar á Roma en medio del incendio, y sobre arroyos de sangre.

Gabriela, la muger de Carlos de Laval, tenia treinta y dos años. Sorprendida de improviso por la proposicion de una salida que habia hecho el capitán Carlos de Monteoux, y que ella habia aceptado; ella y su sobrina con la aventurera temeridad de que las mugeres dieron tantas pruebas en aquella época, no habia querido hacer aguardar al jefe de la expedicion, y habia salido vestida cual se hallaba, es decir, con una falda ancha de seda, con talle largo acuchillado en todos los pliegues, con un corsé de terciopelo que dibujaba exactamente las espaldas, y que terminaba en punta en el pecho: ademas, sobre la orilla superior del corsé llevaba un fruncido de encages altos que dejaba descubierto su cuello de cisne: el rostro que daba vida á aquel hermoso cuerpo y á aquellas ropas era un maravilloso tipo de distincion: era una frente pura y blanca cortada con admirables lineas: era una mirada dulce que brotaba de unos ojos de un admirable y brillante negro: era una boca admirable donde la sonrisa se abria como el capullo de una rosa: era un conjunto divino que habia sido legado á Marsella por los escultores de Mitilene y de Delos: aquella noble cabeza llevaba una flotante corona de cabellos negros como el ébano: bajo ciertos rayos de luz parecian ocultar ardientes reflejos, cual la ola del mar en una sombría noche ostenta chispas de fuego en sus negros y movibles pliegues.

La jóven que la acompañaba, Clara de Laval, su sobrina, no tenia mas que veinte años. Increible parecia que á esta edad osase una muger desafiar los peligros de la guerra, si no se supiese que en esta época de turbaciones y revueltas civiles, la vida de los hombres y el honor de las mugeres estaba perpétuamente en juego, mostrando estas un carácter de enérgica resolucion. Ademas, la historia de Marsella existe para comprobarlo con gloria eterna del bello sexo, que fué tambien el sexo heroico.

Clara de Laval, vestida casi como su tia, hubiera sido tomada por hermana de Gabriela. Tenia cabellos rubios, ricamente prodigados sobre las sienes y sobre las espaldas: ojos druidicos, color de mar tempestuosa: un tinte en el rostro sonrosado, un encantador atractivo y magnético rostro; en fin, una gracia soberana en todos los movimientos de su cuerpo cuando andaba, y una encantadora vi-